

# Cátedra "la Caixa"

## Economía y Sociedad

CLASES MAGISTRALES

### *1919: fascismo, comunismo y diplomacia internacional. Centenario de tres acontecimientos capitales*



**Juan Pablo Fusi**

*Historiador*

*Miembro de la Real Academia de la Historia*

Del 11 al 13 de febrero de 2019

#### **Día 1. Lunes 11 de febrero** La paz de París: la ilusión de la paz y la internacionalización de la Diplomacia

- Balance de la Primera Guerra Mundial.
- El nuevo orden internacional.
- La Sociedad de Naciones y el «espíritu de Locarno».

#### **Día 2. Martes 12 de febrero** El fascismo en Italia; el fascismo en Europa

- La era de las dictaduras.
- El fascismo en Italia.
- El nacional-socialismo alemán.

#### **Día 3. Miércoles 13 de febrero** De Lenin a Stalin: el comunismo soviético

- La revolución de Octubre.
- Guerra civil y comunismo de guerra.
- El Estado soviético.

## **Día 1. La paz de París: la ilusión de la paz y la internacionalización de la Diplomacia**

El esfuerzo que por cimentar una paz duradera se hizo en la Conferencia internacional de París (1919-1920) que siguió a la I Guerra Mundial fue extraordinario. Los vencedores en la guerra (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Italia,...) rehicieron literalmente el mundo. Los acuerdos de París, plasmados en los tratados de Versalles, Saint Germain, Trianon, Sevres (completado después en el tratado de Lausana) y Neuilly conllevaron la desaparición de los viejos imperios dinásticos y autocráticos, los imperios ruso, alemán, austro-húngaro y otomano, y la aparición, con la creación en 1920 de la Sociedad de Naciones, de un nuevo orden internacional basado en el principio de diplomacia democrática y abierta.

Mucho de lo que se hizo en la Conferencia fue sin duda polémico y censurable, y probablemente erróneo, una invitación al conflicto. El tratado de Versalles obligó a Alemania, ahora la República de Weimar, a la que impuso cuantiosas reparaciones de guerra, a devolver Alsacia y Lorena a Francia, a renunciar a sus colonias, y a ceder parte de sus territorios del este a la nueva Polonia (y Schleswig a Dinamarca). Danzig, ciudad de mayoría alemana en territorio polaco, fue declarada Ciudad Libre, y se trazó un pasillo entre Danzig y la frontera alemana para permitir el acceso de Polonia al mar, cortando así Prusia oriental del resto de Alemania. El tratado prohibía a Alemania la unión con Austria. La región del Saar quedó bajo administración de la Sociedad de Naciones y ocupación francesa hasta 1935; la del Rin, ocupada también por fuerzas aliadas, fue desmilitarizada. Hungría (20 millones antes de la guerra) perdió dos terceras partes de su territorio; quedó reducida a un pequeño país de 8 millones de habitantes (y Austria, a una modesta república de 6 millones). Bulgaria tuvo que ceder la Dobrudja del sur a Rumanía, y Tracia occidental a Grecia (y perdió así acceso directo al Mediterráneo).

Pero mucho de lo acordado fue también necesario, oportuno: un acierto histórico. Se reconstruyó Polonia. El puerto de Memel fue entregado, bajo control internacional, a Lituania. Se crearon como países nuevos Checoslovaquia y el reino de Yugoslavia (Serbia, Croacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina). Finlandia, Lituania, Letonia y Estonia fueron reconocidos como países independientes. Alsacia y Lorena fueron reintegradas, como se ha indicado, a Francia. El sur del Tirol (Trento), Trieste y la península de Istria –pero excluyendo el puerto de Fiume (Rijeka)– pasaron a Italia. Galitzia y parte de la Alta Silesia quedaron incorporadas a la nueva Polonia. Transilvania, región exhúngara, y Bucovina fueron entregadas a Rumanía. Las regiones árabes del Imperio otomano adquirieron perfil propio, preludio de su inmediata independencia: Siria y Líbano fueron reconocidos como mandatos de Francia, e Irak, Transjordania y Palestina, de Gran Bretaña.

Más aún, pese a las inmensas dificultades que en todas partes tuvo la inmediata posguerra –fuertes crisis inflacionarias, acusada inestabilidad monetaria, huelgas generales, violentos conatos revolucionarios (por ejemplo, en Berlín, Munich y Hungría en 1919), intensa agitación laboral (Italia, septiembre de 1920), la paz conllevó avances democráticos. Casi todas las constituciones de los nuevos países creados tras la guerra fueron textos, como la constitución alemana de 1919, impecablemente democráticos. Muchos países introdujeron a partir de 1919 el sufragio femenino o formas de representación proporcional en las elecciones. Los gobiernos asumirían en todas partes la gestión de la economía, del empleo y de la seguridad social: la jornada laboral de 8 horas, por ejemplo, fue acordada en numerosísimos países en 1919. Los partidos de masas avanzaron electoralmente en todas partes. La social-democracia apareció en muchos puntos (Gran Bretaña, Suecia, Noruega, Alemania, Dinamarca...) como fuerza de gobierno. El laborismo, que gobernó en 1924 y 1929-31, desplazó desde 1918 en Gran Bretaña al liberalismo como segunda fuerza política del país. El gobierno conservador de Baldwin (1924-29) rebajó la edad de jubilación a los 65 años, concedió el voto a las mujeres mayores de 21 años, extendió la cobertura del seguro de desempleo y nacionalizó la electricidad y la radio (BBC). Bélgica y Holanda, países donde en los años veinte se introdujeron importantes leyes sociales (seguridad social, pensiones de jubilación) evolucionaron decididamente hacia sistemas políticos pluralistas. La misma República alemana de Weimar pareció haber logrado entre 1924 y 1929 la normalidad y la estabilidad democráticas. En España se proclamó en 1931 la República, la primera experiencia plenamente democrática del país.

La recuperación económica que el mundo, y Europa, experimentaron entre 1924 y 1929, creó incluso por unos años la ilusión de la paz, un nuevo clima favorable a la cooperación y a la solución negociada de conflictos y tensiones, materializado en el llamado “espíritu de Locarno” (por los acuerdos suscritos en esa localidad suiza en octubre de 1925 por distintos países europeos confirmando la inviolabilidad de las nuevas fronteras europeas y la desmilitarización de Alemania) y en el Pacto Briand-Kellogg de 1928, por el que Gran Bretaña, Francia, la Italia fascista, los Estados Unidos y Japón renunciaban a la guerra como forma de resolver los conflictos, pacto que ratificaron luego un total de 62 países. Francia, especialmente, trabajó tenazmente por reforzar el papel internacional de la Sociedad de Naciones. Briand, su ministro de Exteriores (1925-1932), hizo, con el apoyo de su colega alemán Stresemann (ministro de 1923 a 1929), de la reconciliación franco-alemana el principio fundamental para lograr una paz duradera en Europa y en el mundo: en septiembre de 1929, propuso ante la Sociedad de Naciones la creación de una unión federal de los pueblos europeos y entregó un borrador o memorandum con su propuesta a las distintas cancillerías europeas. Un hecho fue cierto: la amenaza de una nueva guerra mundial no terminó de concretarse de forma inequívoca hasta 1935.

## **Día 2. El fascismo en Italia; el fascismo en Europa**

Cualquiera que fuese el esfuerzo que por rehacer el mundo se hizo en la Conferencia de Paz de París (1919-20), lo cierto fue que los problemas creados por la I Guerra Mundial eran extraordinarios. La estabilidad política en la Europa de la posguerra habría necesitado que los valores y la cultura democráticos estuvieran sólidamente enraizados en la conciencia popular. Eso fue lo que la Gran Guerra –una gigantesca catástrofe humana y demográfica (10 millones de muertos y cerca de 30 millones de heridos)– había destruido: el optimismo y la fe en la idea de progreso y en la capacidad de la sociedad occidental para garantizar de forma ordenada la convivencia y la libertad civil.

La I Guerra Mundial había provocado, en Rusia, la caída del zarismo y el triunfo, en octubre de 1917, de la revolución bolchevique; creó, paralelamente, el clima político y social que hizo posible la llegada del fascismo al poder en Italia en 1922 y en Alemania en 1933. Algunos conflictos que estallaron en la inmediata posguerra –ocupación de Fiume por ultra-nacionalistas italianos (1919-21), guerra ruso-polaca (abril-octubre 1920), guerra entre Grecia y Turquía (1919-22), disputa polaco-lituana sobre Vilna–, mostraron que el nuevo orden creado en París en 1919 había nacido bajo el signo de la inestabilidad. Las nuevas naciones del centro y este de Europa nacieron condicionadas por el doble peso de la herencia de la guerra (gravísimos daños materiales, fuerte endeudamiento exterior, inflación, inestabilidad monetaria, pago de reparaciones en el caso de los países derrotados, sostenimiento de ex-combatientes, viudas y huérfanos, desempleo) y por las casi insalvables dificultades que los problemas de tipo étnico y los conflictos fronterizos plantearían en cada caso a la propia construcción nacional. El nacionalismo, la violencia revolucionaria, el totalitarismo fascista y comunista, las filosofías irracionistas, adquirieron vigencia social extraordinaria. Entre 1922 y 1940, en efecto, la dictadura triunfó en Rusia, Italia, España, Albania, Portugal, Polonia, Lituania, Yugoslavia, Alemania, Austria, Letonia, Estonia, Bulgaria, Grecia y Rumanía. El régimen soviético, el fascismo italiano y el nacional-socialismo alemán negaban la esencia misma de lo que se creía era Europa. Desde legitimidades distintas (revolución proletaria, en el régimen soviético; ultranacionalismo, en los regímenes fascista y nazi), aspiraron a la plena centralización del poder y al total encuadramiento y control de la sociedad por el Estado, a través del uso sistemático de la represión y la propaganda.

La llegada en 1922 al poder en Italia del fascismo, movimiento creado en 1919 por Mussolini, tuvo en efecto importancia. Objeto de múltiples interpretaciones (fascismo como expresión de la crisis del capitalismo; fascismo, como nacionalización de masas; fascismo como reacción de la pequeña burguesía urbana y rural; fascismo como modernización estatal y autoritaria), el fascismo fue la forma “natural” del nacionalismo de la ultra-derecha. Con manifestaciones en toda Europa: Alemania (nazismo), España

(Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, Falange), Rumanía (Guardia de Hierro), Bélgica (Christus Rex), Hungría (La Cruz y la Flecha), Austria (por un lado, la Heimwehr o milicias nacionales para-militares; por otro, el Partido Nacional-Socialista), Croacia (Ustacha), Francia, Gran Bretaña (Unión Británica de Fascistas), Holanda, los movimientos fascistas tuvieron estilos, ideas, programas y hasta mentalidades comunes: ultra-nacionalismo, elementos militaristas e imperialistas, anti-liberalismo, anti-comunismo, sindicalismo nacional, agrarismo, populismo, a veces racismo y antisemitismo, culto al líder y a la fuerza, autoritarismo, mística del heroísmo, de la acción y de la violencia y un estilo militar y disciplinadamente ritualizado.

En Italia, el fascismo se definió, en principio, por su negatividad y ante todo, por el recurso sistemático a la agitación y a la violencia callejeras, y a un estilo para-militar de actuación –marchas, banderas, uso de uniformes y camisas negras, exaltación del líder, adopción del saludo romano, eslóganes y gritos rituales–, como forma de acción política y de movilización de efectivos y masas. En el poder, el régimen fascista, que Mussolini encabezó entre 1922 y 1945 se concretó en cinco cosas: 1) en una dictadura fundada en la concentración del poder en el líder máximo del partido y de la Nación (Mussolini), y en la eliminación violenta y represiva de la oposición y la supresión de todas las libertades políticas fundamentales; 2) en una amplia obra de encuadramiento e indoctrinación de la sociedad a través de la propaganda, de la acción cultural, de las movilizaciones ritualizadas de la población y de la integración de ésta en organismos estatales creados a aquel efecto; 3) en una política económica y social basada en el decidido intervencionismo del Estado (grandes inversiones públicas en obras de infraestructura y creación de un gran sector público tras la constitución en 1933 del Instituto para la Reconstrucción Italiana, que hizo del Estado en muy pocos años el principal inversor industrial, a través de la construcción de pantanos –elemento sustancial para la electrificación del país y para la renovación de la agricultura–, del trazado de autovías y de la electrificación de la red ferroviaria; 4) en una política social protectora y asistencial (casas de recreo, viajes, vacaciones, piscinas, instalaciones deportivas, centros de cultura, salas de cine, para los trabajadores) y la integración de empresarios y trabajadores en organismos unitarios (corporaciones) controlados por el Estado; 5) en una política exterior ultra-nacionalista y agresiva, encaminada a afianzar el prestigio internacional de Italia y a reforzar su posición imperial en el Mediterráneo y África (Libia, Abisinia).

El fascismo italiano gozó, no de amplio apoyo popular, pero sí de un consenso social suficiente. La oposición anti-fascista, aun valerosa moral y políticamente, fue con todo minoritaria. Los dos primeros grandes errores de Mussolini fueron la guerra de Abisinia de 1935 y la intervención militar en la guerra civil española, guerras de no fácil comprensión para la opinión pública y especialmente así para los reclutas (y sus familias) que cumplían el servicio militar obligatorio. El gran error, con todo, fue la

entrada de Italia en la II Guerra Mundial, una sucesión ininterrumpida de derrotas, que culminaron con el desembarco aliado en Sicilia y el sur de Italia, la ocupación del resto de Italia por Alemania, el cese de Mussolini en 1943 (y su instalación por Alemania en el norte, al frente de la República de Saló), la guerra en suelo italiano (aliados *vs.* alemanes, guerra civil italiana Saló *vs.* Reino de Italia y Resistencia, guerra de liberación Resistencia *vs.* ocupación alemana), en lo que se llamaría la muerte de Italia.

### **Día 3. De Lenin a Stalin: el comunismo soviético**

El triunfo en octubre de 1917 de la revolución bolchevique en Rusia –en realidad, un golpe de estado dado por un partido minoritario en una situación de vacío de poder y descomposición del Estado (derrotas militares ininterrumpidas de Rusia en la guerra mundial, abdicación del zar Nicolás II en febrero/marzo de 1917, debilidad extrema de la llamada “revolución de febrero” de 1917)– creó un nuevo tipo de Estado, un régimen de repúblicas soviéticas (esto es, comunistas), una dictadura totalitaria. La revolución bolchevique, en efecto, derivó enseguida en un régimen dictatorial de partido único, el Partido Comunista de la Unión Soviética. Dictadura y represión no fueron desviaciones del proyecto revolucionario: fueron elementos vertebradores de la revolución y en buena medida, sus verdaderos catalizadores.

Liderados por Lenin y Trotsky, el verdadero hombre clave en la organización de la toma del poder, los bolcheviques consolidaron el nuevo orden político. Negociaron con Alemania (tratado de Brest Litovsk, marzo de 1918) la retirada unilateral de Rusia de la guerra (a cambio de renunciar a la cuarta parte del territorio ruso). Restablecieron de inmediato la policía y el Ejército –obra también de Trotsky, como Comisario de Guerra entre 1918 y 1924–, el Ejército Rojo, que cumpliría misiones militares (en la guerra civil de 1919-20 y en la breve guerra contra Polonia de 1920) y represivas, como el aplastamiento de la rebelión de los marinos del Kronstadt en 1921.

La revolución derivó enseguida en un régimen dictatorial de partido único. En enero de 1918, el gobierno bolchevique disolvió la asamblea constituyente elegida en noviembre. La “constitución” de julio de 1918 sustituyó la democracia y los partidos por la dictadura del proletariado, ejercida en nombre de la clase obrera por el Partido único, que oficialmente pasó a llamarse Partido Comunista en su VIII Congreso, celebrado en marzo de 1919, y por *soviets* (asambleas) de obreros y campesinos. En 1918 fueron ya ejecutados cerca de 6.500 opositores al nuevo régimen; campos de concentración para disidentes y oposición empezaron a funcionar al año siguiente. El Partido Comunista (el Partido Comunista de la Unión Soviética, PCUS) fue el auténtico órgano de poder en la Rusia comunista hasta 1989 (en la Unión Soviética, nombre oficial desde 1922 del país, integrado por numerosas repúblicas y

territorios): el Partido estuvo en todo ese tiempo regido por su comité central y éste, a su vez, por el comité político o *politburó*, creado precisamente en el VIII Congreso de 1919, e integrado por un exiguo número de dirigentes designados siempre por cooptación desde arriba (desde la Secretaría del partido).

Tras la gigantesca transformación –una verdadera revolución desde arriba –que la Unión Soviética, la URSS, experimentó desde 1927 bajo el liderazgo de Stalin (1879-1953), el secretario general del Partido desde 1922 que, por el control que tuvo desde ese año de la secretaría y del *politburó*, había emergido como el nuevo hombre fuerte de Rusia a la muerte de Lenin en 1924 tras una implacable lucha por el poder entre facciones y líderes de la revolución (que conllevó la liquidación, y en su caso la ejecución, de importantes líderes de 1917, y destacadamente de Trotsky, expulsado del partido en 1927 y de la URSS en 1929 y asesinado en México por Ramón Mercader en 1940), el régimen soviético devino el prototipo del régimen totalitario.

Tras varios años de políticas económicas contradictorias y en conjunto fallidas (comunismo de guerra, 1919-21; Nueva Política Económica, 1921-27), Stalin significó el triunfo del *socialismo en un solo país*, una concepción nacional-comunista de la revolución que planteaba, como su primer objetivo, la consolidación y defensa de la revolución soviética y la subordinación por tanto de la política comunista internacional a los intereses de la Unión Soviética (a lo que ya había servido la creación en Moscú en 1919, días después de la celebración del VIII Congreso, de la III Internacional, de la Internacional Comunista o Comintern). Los objetivos del *socialismo en un solo país*, materializados en el I Plan Quinquenal (1928-32), eran la rápida industrialización del país, la colectivización forzosa de la agricultura y la planificación de toda la actividad económica. Los medios para ello: la coerción y la represión, ejercidos a una escala jamás conocida en país alguno, y el encuadramiento de la sociedad a través de una formidable presión propagandística.

Los resultados fueron impresionantes. En 1939, la URSS era ya el tercer país industrial del mundo. En 1941, la agricultura estaba prácticamente colectivizada. Los gastos de defensa subieron del 4 por 100 del presupuesto en 1933 al 30 por 100 en 1940. El número de trabajadores industriales pasó de 11 millones en 1928 a 38 millones en 1933. La población urbana se elevó del 17 por 100 en 1926 al 33 por 100 en 1939. Cine, arte y literatura fueron forzados a reflejar los valores y estética de la nueva moral proletaria, nacional y comunista. Los “héroes del trabajo”, los *stajanovistas*, se convirtieron en el estereotipo del revolucionario y del patriota. Stalin pasó a ser “el gran arquitecto del socialismo, el más grande líder de todos los tiempos y de todos los pueblos”.

El coste humano de la transformación de la URSS fue también formidable. Millones de campesinos se opusieron a la colectivización: el régimen estimó que el proceso había supuesto la deportación o liquidación de unos 10 millones de personas. La producción de alimentos y la productividad agraria nunca se recuperaron. La URSS sufrió siempre de una escasez crónica de alimentos básicos. La oferta de bienes de consumo fue en todo momento paupérrima. La vivienda en las grandes ciudades fue siempre deficitaria y de pésima calidad. Los salarios fueron siempre bajísimos. El régimen estalinista conllevó la implantación sistemática y planificada del terror. En total, una cifra cercana a los 10 millones de personas fueron represaliadas de alguna forma en las “purgas” de los años 1934-41: de ellas unos 3 millones fueron ejecutadas y otras tantas murieron en campos de concentración. Seis millones más perecieron en las purgas de 1944-46, y otro millón entre 1947 y 1953.